

Fotógrafo Durandin y las jóvenes Priscila Lucero y Antonia Cruz:

Rescate vivo del pasado

WALDEMAR SOMMER

El parisino León Durandin (1872-1955) no sólo dejó familia en nuestro país, sino que supo transmitirnos un vivo documento del Chile viejo. Puede comprobarse en el primer piso del Museo Nacional de Bellas Artes. Ahí, en blanco y negro, hallamos documentos visuales tan elocuentes como el multitudinario funeral del general Baquedano, o el terremoto feroz de 1906, que echó abajo a Valparaíso entero. También, desde el punto de vista de la añoranza por un ayer mejor, aparece la naturaleza frondosa del entorno santiaguino —Peñaflor o las rientes riberas del Mapocho— y la sobriedad campesina sin excluir la miseria, sobre todo a través de las notables mujeres mapuches en Puerto Montt. Ya como aporte propio al desarrollo de nuestra fotografía, se muestran los primeros tanteos de entonces en la introducción del color. Para lograrlo, Durandin usó el autocoloreo de los hermanos Lumière, técnica con pigmentos de origen vegetal que se colocan con barniz sobre placa de vidrio. ¡Y qué espléndidos resultados obtuvo! Sus idealizados y románticos retratos femeninos, en especial al aire libre, emergen nítidos, transidos de luz, envueltos por una fronda exuberante. Claro que ayudaron sus modelos —las señoritas Ravaille— al éxito. Una de ellas, dentro de encuadres e iluminación impecables, en pictóricas tomas interiores, impone su presencia aporcelanada a la totalidad de la verdadera naturaleza muerta que la rodea.

En lo alto de Animal

En la sala más alta y en la terraza adyacente de Galería Animal están sucediendo este año cosas interesantes. Se trata de artistas jóvenes y primerizas. Hasta esta semana exhiben dos autoras que coinciden en glosas de la historia de nuestra pintura. De ese modo, la más transfiguradora y radical de ambas, **Priscila Lucero**, nos propone, en el recinto exterior del lugar, una instalación que conquista desde la primera mirada. Su audacia imaginativa parte de la cita a uno de nuestros célebres lienzos virreinales sobre la vida de San Francisco. Y consigue volar lejos. De genuina

autonomía, su interpretación convierte la mesa franciscana en una especie de blanca ara de sacrificios, donde auténticas frutas de la estación y en progresivo proceso de descomposición exudan, rojísima, la presunta sangre sacrificial. Su coherente simplicidad conceptual, la composición armoniosa, el colorido deslumbrante, el estado de tránsito de los materiales en juego hacen que este trabajo hermoso se mantenga en la memoria del espectador.

Ya en el espacio interno, **Antonia Cruz** aparece más

tranquila y respetuosa de nuestro pasado. Ella interviene, mediante montaje fotográfico, una docena de retratos femeninos de diversos pintores nacionales. Consigue deteriorar cada rostro, descascarándolo, agrietándolo, como si el paso del tiempo volviera actual la realidad psicológica y el naturalismo físico de las retratadas. Con ello aleja, aunque sea en el recuerdo, la supuesta imperturbabilidad de la naturaleza humana. Comparecen aquí testimonios desde la hermosa personalidad de un Gil de Castro hasta nuestros Mandiola y Valenzuela Puelma. Eso sí, la iluminación acordada por el presente montaje hace perder, sin duda, corporeidad pictórica y vigor visual a estas figuras reinterpretadas del acervo artístico nacional.



DE GENUINA AUTONOMÍA.— Priscila Lucero convierte la mesa franciscana en una especie de blanca ara de sacrificios.

Matilde Huidobro

El vestido como símbolo femenino ha sido tratado más de una vez por pintores nuestros. Sólo recordemos los nombres de Beatriz Leyton y de Javier Moreira. También emprende empresa semejante, en **Galería Isabel Aninat, Matilde Huidobro**. Esto ha significado un cambio más o menos hondo dentro de su obra. Sin embargo, en general, la talentosa artista ahora nos deja insatisfechos. Sobre todo los acrílicos en formato pequeño, cuyas series de grises u ocre vestimentas se nos tornan monótonas, lo mismo que los negros pliegues pesados de "The widow". Por el contrario, el lindo poliptico "Las cuatro estaciones"—en especial, "Invierno"—, con sus imaginativos desarrollos florales, sabe mantener la ingeniería de ayer. En cuanto a la única obra volumétrica concurrente, "Souvenir", este maletín precioso logra, con sus minucias tan descriptivas e individuales, proclamar lo mejor y lo más íntimo de la expositora.